

Alto como una torre, ancho como el mar

Una novela futurista

TONKE DRAGT

Traducción del neerlandés de
María Lerma

Ilustraciones de la autora

Las Tres Edades Ediciones Siruela

ALTO COMO UNA TORRE,
ANCHO COMO EL MAR



*Where are forests
hot as fire...*

R. L. Stevenson, *Travel*



Prólogo

Cuando Edu tenía once años compró en el rastrillo un viejo robot al que llamó Bob. Bob no sólo era viejo, también era peculiar; podía, por ejemplo, recitar poemas.

—¿No sabes nada de planetas?

—Oh, Venus, astro brillante —empezaba a recitar el robot—. Oh, Venus, Venus, Venus... Disculpa —decía entonces con respeto—, tanto repetir hace que Bob tenga más... Síntomas de vejez.

Edu lo desatascó.

—Algunos circuitos eléctricos de Bob ya no funcionan tan bien —continuaba diciendo el robot—, y por eso tiene fallos de memoria. Edu, ¿podrías reparar a Bob?

—Haré lo que pueda —respondió Edu—. Como ves, tengo que hacer los deberes, pero también es agradable charlar un poco. ¡Sigue hablando!

Bob emitía un zumbido mientras pensaba y después dijo:

—Allí donde hay un Bosque
ardiente como el Fuego
alto como una Torre
ancho como el Mar.

Se interrumpió.

Edu se sentó derecho.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Dónde? ¿Dónde está ese Bosque?

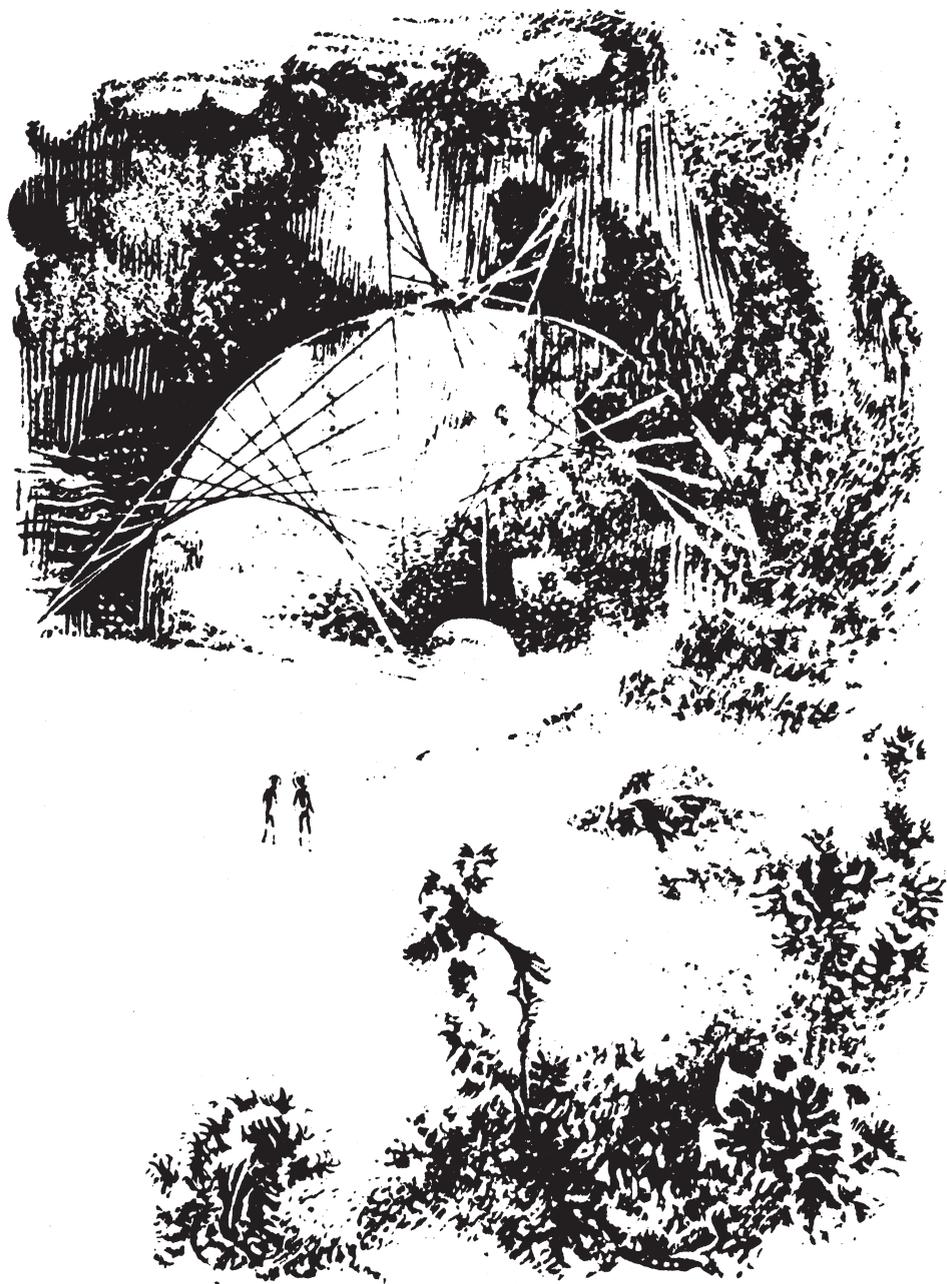
—Tan ardiente como el Fuego —repitió el robot—. Es un poema. El fabricante de Bob lo tradujo del inglés. Pero Bob ha olvidado el resto.

—¡Qué pena! —exclamó Edu pensativo—. Será en otro planeta. En la Tierra ya no quedan bosques.

(Extracto de *El Robot del Rastrillo*, escrito por Tonke Dragt)

Primera parte

La Cúpula



1

—Nave *Estrella de la Mañana* llamando al Cuartel General de Venus, Nave *Estrella de la Mañana* llamando al Cuartel General de Venus.

Edu se encontraba en la pequeña lanzadera espacial, sujeto por unos cinturones al asiento en el que encajaba a la perfección. Delante de él relucían esferas, parpadeaban pequeñas luces de color verde pálido, única luz en la oscuridad. A su lado estaba Mick, en un asiento igual, callado como él, escuchando la fría y conocida voz cercana:

—Nave espacial *Estrella de la Mañana* llamando al Cuartel General de Venus. Cambio.

Otra voz mucho más débil, más difícil de entender, dijo:

—Aquí Cuartel General de Venus. Le escuchamos. Cambio.

Edu cerró un momento los ojos. Imaginó la nave espacial *Estrella de la Mañana* ya no como la magnífica nave en la que había realizado el viaje de un mes de duración desde la Tierra, sino como un punto insignificante, una luna en miniatura que en aquel momento describía una trayectoria alrededor del planeta luminoso al que debía su nombre: Venus.

—El relevo de la guardia —dijo una voz cercana—, el relevo de la guardia...

Edu volvió a abrir los ojos. ¡Casi habían llegado! De las cinco lanzaderas que transportaban a los investigadores espaciales, la de Mick y suya sería la primera en abandonar la nave nodriza. A continuación irían las sondas no tripuladas con material nuevo para el Cuartel General.

La radio de Venus respondió a la nave espacial:

—El Cuartel General está listo para recibir a los Investigadores del Once al Veinte inclusive. Los Investigadores del Uno al Diez están preparados para el viaje de regreso.

«*Todo está previsto*», pensó Edu. «*Nosotros llegamos, ellos se van. Es una lástima que no nos encontremos.*»

El Cuartel General y la nave espacial intercambiaron los últimos datos técnicos.

—Sin ninguna novedad —dijo la radio de Venus—. Todo en orden en la atmósfera.

Entonces una voz más clara sonó en su oído:

—¡Atención, lanzaderas de investigadores planetarios! Lanzadera A: Investigadores planetarios Once y Doce.

Edu respondió:

—Investigadores Once y Doce listos en la lanzadera A —se oyó a sí mismo como si se tratara de otra persona: muy tranquilo, sin mostrar la impaciencia que sentía. Mick masculló algo a su lado. Se miraron un momento a los ojos, única parte de la cara que podían verse bajo los cascos.

—*Estrella de la Mañana* a Venus. La lanzadera A abandonará la nave nodriza dentro de 30 segundos exactos a partir de... Ya.

El contador comenzó a funcionar.

—Investigadores planetarios Once y Doce, les quedan quince segundos. ¡Feliz llegada!

La pequeña lanzadera espacial salió disparada al exterior, a la luz, abandonando la nave nodriza construida por hombres en la Tierra, a millones de kilómetros. La distancia a Venus era corta; llegarían en media hora aunque diera la impresión de que la voz que les hablaba procedía de otro mundo.

–Cuartel General de Venus llamando a lanzadera A.

¿Estaba encima o debajo de ellos? A Edu le costó determinar qué estaba arriba y qué debajo; una sensación que conocía bien y que pronto pasaría.

–Cuartel General de Venus llamando a la lanzadera A. Cambio.

Respondió:

–Aquí lanzadera A con los investigadores Once y Doce. Habla el investigador Once. Cambio.

–¿Todo en orden?

Edu recorrió con la mirada los mandos y esferas.

–Todo perfecto.

–Bien –dijo la voz de Venus–. Investigadores Once y Doce de la lanzadera A, mantengan el contacto.

–La nave nodriza –dijo Mick mirando por el retrovisor–. Mira cómo resplandece.

Edu le comprendía. Mick se estaba despidiendo del último fragmento de la Tierra, de su casa.

«Adiós, nave espacial Estrella de la Mañana, y que tengas un buen viaje, después, de regreso a la Tierra.»

–Nos han deseado una feliz llegada –dijo Mick–. Seguro que también se referían a una feliz estancia. Feliz llegada a Venus, el planeta peligroso.

«El planeta peligroso», pensó Edu. «Me gustaría llamar a Venus de otro modo.»

–La lanzadera B no tardará en llegar –comentó Mick–. Lo hará tres minutos después de nosotros, con Arno e Iman.

Sonó la radio de Venus:

–Cuartel General a lanzadera A. Se está acercando a nuestra atmósfera. A mi señal inicien la deceleración. Cambio.

–Lanzadera A, a la espera de su señal.

–Lanzadera A, inicie la deceleración en diez segundos a partir de...Ya.

El contador comenzó a funcionar: DIEZ... NUEVE... OCHO... *«Y ahora dejaremos el imponente pero también sobrecogedor espacio detrás de nosotros»*, pensó Edu. TRES... DOS... UNO... *«Nos adentramos en la atmósfera de Venus.»*

–Deberían dejar de llamar de una vez a Venus el astro brillante –dijo Mick–. No veo otra cosa más que nubes y humo.

«Nubes luminosas», pensó Edu mientras verificaba los indicadores.

–Mick, estate atento a los estabilizadores.

–Todo en orden –respondió Mick.

El Cuartel General habló de nuevo:

–Investigador Once de la lanzadera A, conecte el piloto automático durante la última etapa.

«La última etapa. Hay bruma blanca por todas partes. Ahora se está volviendo gris.»

–Investigador Once al Cuartel General, el piloto automático está conectado.

«Pero ahora la bruma se mueve. Se está desintegrando.»

De repente brillaba el sol; a veces con una intensidad insoportable, otras con un débil resplandor a través una fina cortina de lluvia.

–¡Santo espacio! –exclamó Mick.

Entre las irregulares y plomizas nubes aparecieron decenas de arco iris formando elegantes puentes.

–Nunca había visto nada parecido –dijo Mick–. Me hace daño en los ojos.

—¡Pues ciérralos! —respondió Edu—. Pero después, bajo la Cúpula, no volverás a ver escenas como ésta.

—Es algo excepcional —reconoció Mick—. Todos esos espectros, esas manchas de colores. Sólo que los ojos humanos no están preparados para algo así.

Las nubes volvieron a cerrarse pero continuaba habiendo la misma luz que un día terrestre con un sol radiante.

El Cuartel General reclamó de nuevo su atención: el piloto automático debía rectificarse una fracción. La voz era ya mucho más clara, y mientras Edu escuchaba y seguía las indicaciones, su mente regresó a las ocasiones en las que había sobrevolado un planeta extraño en una nave espacial.

—Volveremos a llamarles para el aterrizaje —concluyó el Cuartel General.

—Bueno, ya estamos casi —dijo Mick.

—Sí. Dentro de un cuarto de hora aterrizaremos al lado de la Cúpula.

—Y viviremos un año en Venus.

—Tres días venusianos —aclaró Edu—. Tres noches venusianas.

—Me pregunto qué será mejor aquí, si el día o la noche.

—¡Ah! —exclamó Edu—, una vez en la Cúpula a veces uno llega a olvidar que está en Venus.

—Sí, tú sabes cómo es aquello. Yo antes tengo que verlo. Qué mala suerte que te destinaran aquí por segunda vez.

—¿Mala suerte? —preguntó Edu—. Es exactamente lo que quiero. Yo mismo lo solicité.

—¿Qué dices? —la voz de Mick sonó más sorprendida de lo que Edu esperaba—. ¿Solicitaste que te destinaran a Venus? ¿Y encima por segunda vez? ¿Por qué?

—Precisamente por eso —respondió Edu a secas—. Sabía por qué lo pedía.

—Tú estás loco —dijo Mick—. Nunca había oído que nadie, a petición propia, por gusto, fuera a Venus.

«No, a ti no te lo puedo explicar», pensó Edu. «Su compañero también estaba lleno de prejuicios. Pero aún podía cambiar, tal vez...»

—Mick, de Venus también se pueden contar cosas buenas, en serio.

—De eso se trata —dijo Mick—. En Venus hay demasiadas cosas buenas: demasiada agua, demasiado aire.

La niebla se volvió menos densa, la luz más deslumbrante. Mick maldijo en voz baja.

—¿Ves a qué me refiero? Demasiadas cosas buenas. Venus está demasiado cerca del Sol. A mí que me den Marte.

«Marte es árido y frío», pensó Edu. «Hay muchos asentamientos humanos, eso es cierto, pero hay que pasear por desiertos y todo parece antiguo, antiguo...»

—O la Luna —continuó diciendo Mick—. La cara terrenal de la Luna es casi una ciudad grande y preciosa.

«¡Una ciudad!», pensó Edu. «Para eso es mejor quedarse en la Tierra.» Pero no dijo nada y siguió mirando con tensión al exterior. La lanzadera espacial estaba descendiendo. «Echa un vistazo, Mick. Se están abriendo agujeros en los bancos de niebla debajo de nosotros.»

Oyó a Mick silbando débilmente una canción conocida: Oh Lunápolis, oh Lunápolis, Lunápolis, la capital de la Luna...

«¡Pero mira!»

Mick dejó de pronto de silbar y, en efecto, miró.

—Tenemos suerte —dijo Edu—. Hace un día precioso —«¡Qué alegría volver a ver Venus!».

Mares ondulados, ¿o eran colinas? Los colores, brillantes como piedras preciosas, quedaban amortiguados en ocasiones por jirones de niebla. El cielo que los rodeaba era como

el mar, con nubes como ágiles peces. Bajo ellos parecía que todo se movía: islas y torrentes, selvas onduladas por el viento hasta la vaga lejanía.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Mick—. Sí, es un poco diferente a la Tierra.

«*Me gustaría que tuvieras la boca cerrada*», pensó Edu. ¿Acaso Mick no sentía el embrujo que emanaba de los paisajes que sobrevolaban? ¿O precisamente lo sentía demasiado e intentaba taparlo hablando, aplicando a todo medidas terrestres, mirándolo todo con ojos terrestres?

No obstante Edu tampoco podía evitar pensar en la Tierra. «*Allí está mi hogar. Aquí soy un extraño. Pero en la Tierra ya no quedan bosques.*»

Mick continuaba hablando pero Edu apenas escuchaba; miraba, miraba...

«*¡Allí están!*»